

UN ENFOQUE DE PSICOTERAPIA PSICOANALÍTICA DE GRUPO

Elena Toranzo

Para dar un giro marcado, la cuestión sería de desafiar la división metafísica entre realidad interna-externa y partir de la base que el campo interpersonal es primario, lo que llevaría a caracterizar la naturaleza humana como esencialmente interpersonal. Desde allí repensar los fenómenos de grupo, tal como nos lo han propuesto en la concepción de Foulkes y Moreno cuando criticaron la forma reduccionista del psicoanálisis que asume al individuo como unidad elemental, siendo esto para ambos una “abstracción artificial”.

Elena Toranzo (2012)

Grupo y cambios de paradigmas

Para ir más allá del consultorio individual fue necesario sortear resistencias provenientes de la formación psicoanalítica misma. Su desarrollo implicó una ruptura paradigmática que no fue fácil de asimilar, en la medida en que no se podían transpolar los conceptos del psicoanálisis clásico. Era necesario dejar atrás el modelo cartesiano explicativo de la ontogénesis de la mente humana, en pos de posicionarnos en un plano donde sujeto y objeto se construyen mutuamente. En otras palabras, dejar atrás toda tentación solipsista que podría sintetizarse como “*solamente yo existo*”. Es decir, la creencia metafísica de que lo único de lo que se puede estar seguro es de la existencia de “*la propia mente*”. Entonces, la realidad que aparentemente la rodea es incognoscible y son solo partes de los estados mentales del yo, en los que los objetos, las personas que se experimentan serían esencialmente emanaciones de la mente individual. Si bien esta concepción abrió las puertas, nada más ni nada menos a la existencia del mundo interno, mostró limitaciones, en tanto y cuanto, este mundo interno se torna insular, cerrado, dividido, “*un mundo dentro de sí mismo*”. Ya Freud al crear la teoría del inconsciente, de la complejidad de la estructuración psíquica y las series complementarias, fue más allá, dándose así un lugar en la reconocida revolución copernicana.

En coexistencia y continuidad con Freud, paulatinamente van adquiriendo relevancia los movimientos filosóficos y psicoanalíticos que ubican la dimensión relacional como epicentro de la organización psíquica. Se avecina un escabroso pasaje de lo individual a lo grupal o, más precisamente, “*de la mente aislada o individuo aislado*”, “*al ser con otros o la intersubjetividad*” y, nuevos paradigmas paulatinamente se instalan en el convulsionado movimiento psicoanalítico. El giro implica un decaer de la teoría instintivista de la mente para poner todo el peso en la constitución relacional-grupal del psiquismo, tal como lo han mostrado -luego de que Klein introdujera el concepto de relación de objeto- desde distintas ópticas: Winnicott (la unidad no es el individuo sino el individuo-ambiente). Balint (los primeros objetos son necesarios como el aire para respirar y vivir). Fairbairn (la libido busca objetos no la descarga). Guntrip (la teoría instintivista es incompatible con la teoría de las relaciones de objeto). Entre otros aportes relevantes. Significativamente Bowlby utiliza las palabras apego, nudos o ataduras que refieren a grupo y designan una pulsión primaria previa a la oral, destinada a mantener una distancia óptima con la madre para que sea accesible. Esta pulsión también se expresa en la necesidad de contacto con los pares y el grupo como sustituto materno. Posteriormente, surgen los aportes de Kohut (el acercamiento íntimo que permite al self la comprensión, se logra mediante la empatía). Malher (su modelo del desarrollo de una necesaria fase de simbiosis normal previa al proceso de separación individuación o segundo nacimiento del infante humano). Bleichmar (la función deseante tiene su génesis e historia en las relaciones con los otros. Las múltiples combinaciones conscientes e inconscientes de la experiencia vivida constituyentes del psiquismo, trascienden la primera infancia, porque los encuentros con otros, en el transcurrir vital, tienen la capacidad de producir nuevas inscripciones y cambios inter, intra y transubjetivos).

Podemos considerar que en este contexto, tienen lugar los aportes de quienes incursionaron, empujados por la segunda guerra mundial, en el campo de los grupos. Entre ellos, citaremos Moreno en EEUU, Foulkes y Bion en Europa, quienes nos legaron el cuerpo teórico y técnico, siempre vigentes, para los abordajes grupales. Torrás de Béa (1996) retoma los aportes de estos últimos para aplicarlo a la especificidad del campo de los grupos terapéuticos de padres e hijos, temática sobre la que volveremos mas adelante.

Moreno (1959), fundador del Psicodrama, la Sociometría es uno de los pioneros de la Psicoterapia Grupal, se opone al predominante individualismo del psicoanálisis de su época. Centraliza el desarrollo en el encuentro con el otro y pone en relieve la naturaleza humana grupal, el hombre en acción en su medio natural, en su cultura. En palabras de Pundik (1965) “*Moreno hace incorporar al individuo del diván para invitarlo al escenario del encuentro*”. Históricamente el psicodrama representa el punto decisivo en el apartamiento del tratamiento del individuo aislado hacia el tratamiento del individuo en grupos, del tratamiento del individuo con métodos verbales hacia el tratamiento con métodos de representación-acción. Reúne dentro de si una rica y profunda *teoría de los roles*, concebida como una pequeña unidad cultural que aparece antes del Yo y del lenguaje, donde asumir el rol encierra y

enferma, en cambio desempeñarlos libera. Brinda una visión de la *espontaneidad*, como un aspecto necesario para la salud mental que no es hereditario ni estrictamente ambiental y que no puede ser descripto por fuera del acto espontáneo mismo. Es así que trasciende la capacidad para responder a una situación nueva y/o de dar una nueva respuesta a una situación vieja. Enriquece la tradicional *teoría de la catarsis* para ir más allá del efecto por excelencia de liberarse “*en un alivio que calma*”. No es la catarsis de Aristóteles ni la de Freud. Es la catarsis de sujetos plenamente concientes, no es por hipnosis o sugestión, es más que la Identificación Proyectiva con personas e implica el retorno a la matriz de identidad primitiva, concepto plenamente rescatado por las teorías psicoanalíticas relacionales en la actualidad. Al decir de Moreno, el hombre se desarrolla en sucesivas matrices que lo contienen: de la matriz cósmica pasa a la genética, la familiar y la social para retornar a la cósmica. Cada una con sus redes vinculares, energéticas, corporales, afectivas o intelectuales da al hombre el continente necesario para el desarrollo de sus roles y sus acciones. La matriz grupal es una red vincular que se establece con la finalidad de contener unos u otros roles en acción. Así la matriz familiar, grupo primario, es dónde se estructuran los roles originarios de un individuo. La matriz social está constituida por múltiples matrices grupales –desde la familiar hasta las institucionales mediatas o inmediatas, que responden a necesidades individuales, de pequeños grupos, de una sociedad o de una cultura. Cada matriz social está en relación directa con: su habitat, su historia, particular, su estructura cultural y sus propias relaciones con otras matrices sociales (Zuretti M. 2010)

En un encuentro conceptual con Moreno, pero desde la vertiente de la aplicación del psicoanálisis a los grupos, Foulkes (1972) señala “*Nosotros no podemos hacer una diferenciación aguda convencional entre el adentro y el afuera o entre fantasía o realidad. Lo que está adentro siempre está afuera, lo que está fuera esta dentro también*”. Así, propone un espacio interpersonal primario desde donde pensar los procesos relacionales y de comunicación constitutivo del psiquismo, abierto a la experiencia con otros a lo largo del transcurrir vital. El autor, conceptualiza al grupo como un “todo social”, mayor que la suma de sus partes traducido técnicamente en su visión grupoanalítica y de la Comunidad Terapéutica. El modelo foulkiano se basa en el paradigma biológico-organísmico de la escuela de Frankfurt; es un sistema abierto, holístico, gestáltico. Se define en términos de la información significativa que recibe de las fuerzas psicológicas sociales, en la cual el eje es la *comunicación* y el grupo opera como un instrumento positivo de cambio en la *matriz de interacción*. Según su visión la ventaja del grupo analítico sobre el psicoanálisis individual, es que en el primero la situación terapéutica no se limita al aspecto de la transferencia, sino que además permite la confrontación dinámica en sus relaciones actuales. De esta manera, al incluir lo no transferencial, el modelo sistémico se convierte en uno altamente relacional. En este sentido el grupo no es regresivo y funciona en el permanente “aquí y ahora” de la comunicación donde radica su potencial terapéutico.

Desde otro lugar, con puntos de coincidencia y divergencia con este paradigma, Bion (1970) enriquece esta visión comprensiva de la naturaleza humana, a partir de priorizar la experiencia emocional y su transformación en pensamiento en el seno de

una relación continente-contenido. La emoción es el centro del significado y la mente se desarrolla alimentada por la verdad, en el contexto de las relaciones íntimas. Desde este posicionamiento, aportó a la teoría y técnica psicoanalítica; a la psicopatología; al desarrollo, el crecimiento mental y creó una conceptualización de los grupos en la que se articula equilibradamente las interinfluencias entre mundo interno con realidad externa, temática que nunca abandonó. El interés de Bion por los grupos está presente en distintos lugares de su obra, mostrando tanto una fecundidad continuada como la eficacia de sus teorías. Motiva fuertemente a los expertos en este campo, que van desde la psicoterapia a su aplicación en la comprensión de la vida organizacional con sus conflictos, el cambio institucional y social. Resulta de gran valor su caracterización de los supuestos básicos en términos diádicos, que surgen en la experiencia post-natal como reacciones defensivas frente a las fantasías inconscientes y ansiedades psicóticas relacionadas con la escena primaria. Sus conceptualizaciones sobre la innata tendencia a la grupalidad, como aspectos proto-mentales, ligados a los instintos de supervivencia, guían la comprensión de los procesos de fusión-separación, de algún modo equivalentes a la necesidad de apego y separación, consignada por Bowlby. Por su parte, Parthenope Bion Tálamo (1998) muestra cómo los estudios de Bion sobre la universal lucha entre la homogeneización y la diferenciación que caracteriza a los procesos grupales, tienen el mismo estatuto que el descubrimiento de la transferencia de Freud y de los trabajos de análisis de niños de Klein.

En la breve reseña realizada podrá intuirse tanto la influencia de las determinaciones que resultan del conjunto de las ciencias humanas como la evolución de la psicología en la ponderación de las relaciones interpersonales al interior de las teorías psicoanalíticas. Es allí que la concepción grupal de la mente y de un psicoanálisis relacional extiende el horizonte para dar por tierra disociaciones o separaciones que responden quizá más a cuestiones ideológicas y/o de poder que han determinado la transmisión psicoanalítica.

Aunque más profundamente, esta complejidad en la que está inmerso el Psicoanálisis y la Psicoterapia de Grupo, esencialmente tiene que ver tanto con la necesidad de la psicología de acercar la mente al cuerpo y a lo social, como con la dificultad para concebir la naturaleza humana de un modo más integrado, alejado del modelo cartesiano con el que por años se produjo ciencia. En síntesis, se podría decir que el problema consistiría en ir evolucionando del *“pienso luego existo”* de Descartes por el *“siento luego existo”* de Abadi (1992) para advenir en *“me relaciono luego existo”* del psicoanálisis objetal-relacional.

Breve cotejo y confluencias en la teoría y la técnica de grupo

Un punto de coincidencia central entre los autores citados es *“reconocer que las dificultades técnicas que presentaba la terapia de Grupo se solucionaban si se desprendían de los métodos individuales”* señalará taxativamente Moreno (1959, Pág. 14)

En este sentido, para Foulkes (op.cit) lo central es la matriz y trama de comunicación que se gesta en el grupo -“*grupo gestalt*”- que influye e impregna a sus miembros, constituyéndose en el medio, por excelencia, productor de cambios. Bion, por su parte, desarrolla una vasta una teoría del funcionamiento de grupo, a pesar de ello, en la técnica aún se conservan vestigios de la relación transferencial asimétrica paciente-terapeuta, proveniente del modelo individual. El acento recae en la función del analista respecto del grupo y todo lo que acontece en este es interpretado en relación al terapeuta.

En consecuencia, cabe subrayar que la *transferencia* no se encuentra en el mismo lugar en estos modelos. En este punto, Foulkes se acerca más a Moreno, porque el eje es el encuentro con el otro, en una relación de simetría, en donde el compartir la experiencia emocional es lo que verdaderamente cura.

A pesar de ello, la postura de Moreno, es aún más taxativa, por cuanto elimina toda posibilidad de que el terapeuta sea consciente de los procesos transferenciales, dado que participa con su persona toda en el encuentro psicoterapéutico.

Bion y Foulkes coinciden en reconocer cómo el grupo puede contener, recibir, integrar y ayudar a transformar el funcionamiento de cada uno de los miembros: Foulkes mediante el desarrollo de la matriz y Bion en tanto el grupo se constituye en el continente de la infancia. Este último, en su teoría nos muestra como en el grupo existen dos actividades. La primera es racional y consciente; depende de la voluntad de los miembros y de la cooperación entre ellos para la realización de la tarea, denominada Grupo de trabajo (GT). La segunda actividad es irracional e inconsciente, emocionalmente intensa, se origina en forma instantánea e involuntaria, a la que designa Grupo de Supuesto Básico (GSB). Estas dos actividades fluctuantes se contraponen, y más bien la segunda entorpece la primera y están siempre presentes en los movimientos progresivos y regresivos, inmersos en los procesos de construcción-desconstrucción de un grupo. Bion considera a los SB como formaciones secundarias de una escena primaria muy primitiva, elaborada a nivel de los objetos parciales, asociadas con ansiedades psicóticas, en las que están presentes los mecanismos de escisión, introyección e identificación proyectivas.

Por su parte, Foulkes reveló que la teoría del objeto interno presenta limitaciones, por lo que propone comprender el psiquismo a la luz de los procesos inconscientes dinámicamente interactuantes en la comunicación con los otros. A partir de este modelo se busca intervenir en la matriz de interacción teniendo siempre presente cómo el grupo influye en el individuo y viceversa, será la comunicación y solo ella lo que le otorgará significado. La matriz se construye a partir de todos los significados en evolución permanente y conforma un sustrato que impregna a todos y cada uno de los participantes de la experiencia. Por lo tanto, toda intervención dirigida a un sujeto influye y afecta a los demás integrantes del grupo, lo prioritario indudablemente es la

comunicación. Según el autor, el trabajo dirigido a la comunicación es paralelo al proceso de análisis. Así, deja claramente sentado que no es un psicoanálisis de individuos en grupo, ni tampoco el tratamiento de un grupo por un psicoanalista. Por el contrario, se trata de una forma de psicoterapia por el grupo y del grupo que incluye a su conductor, de ahí el nombre de psicoterapia grupo-analítica. Foulkes lo define como un método tanto de investigación como de psicoterapia para pequeños grupos y de estudio más amplios del comportamiento humano en sus aspectos sociales. En consecuencia, no es tan terminante como Bion en cuanto al funcionamiento unitario del grupo, le da siempre cabida a explorar las constantes interinfluencias dinámicas individuo-grupo.

Estas concepciones teóricas, que resumidamente hemos expuesto, tienen sus consecuencias en la técnica implementada. Al respecto Toranzo (2008), señala que el marco teórico de psicoterapia de grupo en el ámbito del psicoanálisis es particularmente amplio y discutido. Sin embargo, en términos generales en nuestro enfoque consideramos que se podrían destacar tres ejes fundamentales:

- a) El reconocimiento de los fenómenos inconscientes propios de un grupo, estudiados por Bion, quien describe su espontáneo movimiento, en base a los supuestos básicos. Ellos determinan una emocionalidad compartida, como defensa del grupo ante las amenazas de una regresión más profunda de fusión y pérdida de identidad. Una terapia grupal adecuadamente eficaz debe poder neutralizar el efecto de los mismos en busca de constituir el “grupo de trabajo”.
- b) La instrumentación que se realiza de los procesos transferenciales depende de las posibilidades emocionales del terapeuta, de los objetivos que se persiguen, de la capacidad de comprender la multiplicidad de los procesos que acontecen en el grupo y el marco teórico en el que se respalda. Foulkes realiza un inigualable aporte al poner sobre relieve la matriz de comunicación transaccional del grupo a la que denominó “resonancia”. Inmersos en ella los participantes se hacen interpretaciones inconscientes entre sí y con el terapeuta, el cual debe ser sensible, comprensivo y estar preparado para interpretar cuando sea oportuno. Junto con Moreno enfatizan la comunicación y el encuentro como base de la cura.
- c) El encuadre temporal de un año de duración que implementamos, nos remite al problema del tiempo límite, como una variable de incidencia en el proceso y en la técnica grupal a implementar. Este tema complejo y controversial, se sintetizaría en el logro de una actitud ante el tratamiento “sin tiempo”; en el sentido de operar en la situación “*como si fuera la primera y última vez que nos vemos con el paciente*”. Esta actitud permitiría un estado mental de los que describe Bion “*sin recuerdos ni deseos*” en la búsqueda de un

conocimiento genuino alejado de la intelectualización, y que permita cambios. De allí que el tiempo como factor externo no debería ser necesariamente tomado como proceso.

Un encuentro con Torras de Beà: Psicoterapia de grupos de padres e hijos

La autora, nuestra principal mentora - que en nuestra opinión se encuentra situada en su modalidad de comprender lo grupos, en una posición intermedia entre Bion y Foulkes- describe con precisión el encuadre, los fenómenos específicos que acontecen en el funcionamiento de los grupos paralelos y sus potencialidades terapéuticas. En relación a esta temática nos dice:

“Con los grupos terapéuticos como con otras modalidades terapéuticas de base relacional, buscamos mejorar la comunicación. Los grupos de hecho son una experiencia social de comunicación e interacción a través del intercambio verbal y de actividades, en las que los participantes pueden aprender a escucharse mutuamente. El objetivo es modificar las relaciones interpersonales regresivas, mejorar la capacidad de compartir y aprender uno del otro, y de esta forma desencallar y promover la evolución”.

Y continúa:

“Se ha dicho -y yo misma había pensado así- que el tratamiento en grupo se centra en la dinámica y estados emocionales que los participantes comparten y se ajusta menos que el tratamiento individual a la problemática de cada uno de sus miembros. La realidad es que el grupo, por sus características específicas que configuran una oferta cualitativa diferente, atiende a la problemática de cada miembro en forma distinta a como lo hace el abordaje individual”

Nuestro equipo de trabajo se abocó a adaptar e investigar esta modalidad de intervenciones con padres e hijos para instrumentarla en el tratamiento de las problemáticas clínicas subsumidas bajo el controvertido diagnóstico de Déficit Atencional con o sin Hiperactividad. Motivo de consulta, que frecuentemente acompañan las derivaciones, proveniente del ámbito escolar, al Centro de Servicios de la Universidad Nacional de San Luis que brinda asistencia pública-gratuita a una población no-mutualizada de bajos recursos económicos.

En cuanto al setting, cabe recordar que estos grupos funcionan, cada uno con sus propios coordinadores, temporal e institucionalmente en forma simultánea, con una

frecuencia semanal de una hora treinta minutos y tienen un año de duración. La recomendación de psicoterapia grupal de padres, se concatena con disímiles indicaciones para el tratamiento del niño, según los criterios de indicación-contraindicación.

Ambos grupos terapéuticos se constituyen en soportes mutuos, dado que los miembros de la relación (padre-hijo) establecen una situación de complementariedad: si uno se modifica, influye en el otro a partir del interjuego de las identificaciones e identificaciones proyectivas. Consideramos que esta complementariedad potencia los efectos terapéuticos de la intervención.

De este modo, con este encuadre nos situamos en el centro mismo del desarrollo y abarcamos la asistencia en términos de:

- focalizar el tratamiento en las vivencias y funcionamiento psíquicos que surgen frente a la parentalidad. Abrir un espacio para contener la elaboración de problemáticas que emergen en la relación con sus hijos como producto de conflictos y/o carencias vividas por los padres en su infancia. En otras palabras, promover una transmisión generacional menos traumática.
- simultáneamente abocarnos a la atención de la conflictiva que presenta el niño, desentrañando cómo se fueron construyendo los síntomas en los entramados identificatorios de las relaciones intersubjetivas con sus padres y figuras significativas.

Intersubjetividad, transmisión, identificación proyectiva y parentalidad

Pilares conceptuales ineludibles de nuestro enfoque en los que se puede vislumbrar -a partir de las referencias realizadas en el capítulo anterior-, que la intersubjetividad implica premisas ontológicas diferentes y refieren un modelo de la existencia humana, incompatible con una teoría psicológica que comience con el individuo. Hasta ahora se ha presentado una insoslayable discordancia entre los que postulan un espacio privado individual y los que priorizan la dimensión intersubjetiva. Este concepto fue tratado por innumerables filósofos a lo largo de diferentes épocas, pero en este último tiempo adquiere primacía, y se la ubica como una condición básica de la existencia, que a su vez, convive en puja con la tendencia a la simplificación o liquidez de la sociedad actual, sobre aquella. Merleau Ponty, Heidegger, Brentano, Husserl podrían ser algunos de los representantes de la escuela fenomenológica que acuñan el término intersubjetividad, mientras que en nuestra disciplina lo hacen Storolow, Atwood y Ross (1978) y Nemirovsky (2007), entre otros.

En una primera aproximación muy genérica se habla de intersubjetividad primaria para referirse a las interacciones en las que está involucrado el bebé, para distinguirlas de aquellas secundarias en las que se tiene conciencia de ser un sujeto capaz de estar empáticamente en el mundo con otros, la segunda no ocurre sin la primera.

Intersubjetividad implica concebir un sujeto abierto a su historia, a su presente y a su futuro viviendo en la paradoja planteada por la ecuación repetición-novedad; por lo que la subjetividad se constituye en un devenir, no es solo repetición, reedición, señala Nemirovsky (2007).

Desde nuestra perspectiva, consideramos que la intersubjetividad en un grupo se da en un plano concreto, en el aquí y ahora, no en el “como si”, de allí su especial potencial terapéutico.

Enlazada conceptualmente, con esta visión, la *transmisión psíquica* remite prioritariamente a un aspecto inconsciente de las relaciones entre los humanos que lleva a encontrar una suerte de continuidad de una generación a otra. Esta compleja transmisión dependerá de los trayectos identificatorios, de los mecanismos de imitación y de las impregnaciones imprevistas en las cuales se conjugan ideales, imperativos superyoicos, mandatos sociales o valores signados por la pertenencia a diversos grupos. La misma se encuentra involucrada en la repetición y las ineludibles conjunciones de transformaciones-deformaciones imprevisibles. De allí que resulta complejo detectar los efectos de la transmisión a larga distancia de acontecimientos traumáticos vividos por uno o varios miembros de una familia. A pesar de ello, o más precisamente por ello, desde nuestra óptica, es necesario dilucidar de dónde proviene lo transmitido para una mejor evolución del conflicto relacional, implicado en el síntoma del niño. Kohut (1971) señala que las desavenencias entre los padres crean terribles miedos, pero peor es aún el sufrimiento que proviene de la sutil ausencia de éstos, de sus personalidades vacías o de sus encubiertas psicosis. La concepción del trauma tiene una perspectiva extensa en un enfoque relacional, ya que estos se originan en tempranas y fallidas interacciones de la diada madre-bebé y su entorno contenedor -que provocan discontinuidad en la línea de desarrollo dirá Winnicott o traumas acumulativos dirán otros-, que van más allá del tradicional trauma de la escena primaria.

Cuando se trata de acontecimientos traumáticos se produce un fenómeno similar a la “*transmisión radiactiva*”, señala Gampel (2006), mediante la cual se crean configuraciones de elementos dispersos. Allí la tarea terapéutica consistirá en realizar nuevos conjuntos más funcionales u operativos a la dinámica de la personalidad y de las relaciones con los hijos.

El abordaje multifocal implementado pretende, desde la instancia diagnóstica, estimular esta reorganización mediante la exploración del potencial traumático vigente en la conflictiva parental y transmisión transgeneracional, para continuar el trabajo de profundización en el curso del tratamiento de grupo, en pos de su elaboración.

Tanto la intersubjetividad como la transmisión transgeneracional, en su esencia, se valen de la *identificación proyectiva* como fenómeno psíquico para su expresión o manifestación. Su importancia, reconocida por diversas corrientes psicoanalíticas, radica en que es necesaria, en sus aspectos sanos y enfermos, para la formación de Objetos internos. Se trata de un rico y complejo proceso mental mediante el cual el sí mismo experimenta la fantasía inconsciente de colocarse o colocar aspectos propios en un objeto con fines de indagación o defensa, señala Grotstein (1981). Opera de manera concomitante a los fenómenos esquizoides, en el sentido que la escisión hace a la diferenciación dentro y fuera del psiquismo, mientras que en oposición, la identificación proyectiva, es necesaria para la generalización que promueve la reunión de distintos contenidos. Es un mecanismo específicamente relacional, necesita de un objeto continente, es decir, nunca opera en el vacío y está estrechamente vinculado a la dos ansiedades básicas con las que lidia el ser humano: temor a quedar perdido en la separación versus temor a quedar atrapado. Toda tarea analítica implica en palabras de Paz (2012) “*conocer la vida secreta de la identificaciones proyectivas*”.

Otra temática involucrada en el abordaje propuesto es la *parentalidad* en sus diversas modalidades (monoparentalidad, parentalidad adoptiva, abuelo parentalidad, pluriparentalidad u homo parentalidad) que refieren a la condición de padre/madre, así como al desempeño del rol que implica, como un concepto entre tantos. La parentalidad es un proceso de desarrollo vital que comienza aún antes del embarazo, con las expectativas previas de la madre y/o del padre futuros, los procesos dinámicos actuantes en esta - quizá la más universal de las condiciones humanas- lleva a incorporar como premisa la reciprocidad del dar y el tomar en todos los niveles de las relaciones interpersonales.

Avanzados e innumerables investigaciones de distintas líneas teóricas, y campos disciplinares (antropología, sociología, políticas sociales) en las que se destacan los estudios sobre el apego, han descriptos diversas modalidades de cuidados parentales que se extienden desde los reforzamientos coercitivos y castigos excesivamente duros a actitudes positivas y activas que actúan como factor de protección. Si bien las diferentes investigaciones no han podido determinar el peso psicopatológico de estos factores, ni han logrado una metodología consensuada para su estudio, reconocen la necesidad de desarrollar nuevos modelos psicoterapéuticos en un abordaje como el que aquí proponemos.

Intersubjetividad, transmisión, identificación proyectiva y parentalidad cuatro complejos fenómenos psicológicos brevemente descriptos, dan cuenta de que es necesario ir más allá de la tendencia a limitar el alcance del término “relacional” a la dimensión bipersonal para incluir la complejidad de lo interpersonal, el mundo natural, cultural, por lo tanto grupal, en la constitución subjetiva.

Las intervenciones de grupo propuestas, a través del intercambio verbal emocional empático entre los participantes, buscan promover la paulatina separación del pasado conjuntamente con el reconocimiento de los demás. Precisamente de la empatía entre los integrantes del grupo, incluido el terapeuta, surgen complejos

procesos de identificación, en los que se reproducen los necesarios pasajes de fusión-separación. Ese espacio de intercambio, signado por el descubrir las “coincidencias”, aquello compartido, “ilusoriamente igual”, semejante entre dos o más personas, paulatinamente proveerá el primordial sentimiento de compañía. Intercambios en la que nacen vivencias relacionales de comunicación que disminuyen el aislamiento ligado a vivencias de “anormalidad” y con ello facilita la elaboración de los sentimientos de soledad y culpa. Ese lugar común que aproxima, acompaña y constituye el sustrato necesario para la diferenciación personal.

Agruparse significa un verdadero intercambio, como un compuesto químico que, al conjugarse con otro, tiene una reacción en la que el nuevo compuesto es irreversiblemente diferente al anterior, es decir el sujeto tiene una nueva experiencia de modificación. (Fontana 1971) Esta situación en la que somos modificados desde el nacimiento por el continuo intercambio con los otros, refiere al periodo de simbiosis normal y se reproduce en el grupo, en diferentes grados. Sin embargo, por la intensidad de la emocionalidad en el seno del grupo se suelen generar temores de fusión que conllevan a la estructuración de defensas para regular dichos intercambios y procesos de identificación. De este modo, con distancias y acercamientos, las identificaciones constitutivas del lugar común, participan en los procesos de deconstrucción y reconstrucción de la identidad.

En la conjunción de nuestra experiencia asistencial con la investigación clínica y empírica, hemos corroborado que los grupos terapéuticos, se abocan especialmente a la construcción de este espacio común al que se puede retornar como refugio ante movimientos progresivos y/o intensas movilizaciones. El grupo se constituye como un continente que da lugar al despliegue -con sus propias cualidades en niños y adultos- de los elementos primordiales constitutivos del psiquismo, que acompañan el proceso de separación.

Por la relevancia que le otorgamos al fenómeno de fusión-diferenciación, al que nos estamos refiriendo, nos detenemos para ejemplificarlo. Un *grupo de cuatro niños*, en el primer periodo de tratamiento, comenzaban sus sesiones con un juego de naipes que denominaron “chanco va” (armaban un mazo con dieciséis cartas del uno al cuatro, en sus diferentes palos). Cada integrante recibía cuatro cartas que tenían que intercambiar con sus compañeros hasta conseguir -frecuentemente todos a la vez- las cuatro iguales) A través de esta escena lúdica reiterativa, especialmente resguardada por reglas específicas, procuraban verificar qué estaba cada uno dispuesto a aportar, de qué necesitaba desprenderse para recibir del otro, qué tenía en común, qué de diferentes y cuál sería su patrimonio privado-diferenciado, representado por las reunión de las cuatro cartas iguales. En otras palabras, cada uno ha tenido que despojarse para recibir de los otros lo que se necesita y, de este modo, completar el juego-completarse. Esta actividad lúdica continuaba, con la división en parejas de varones y niñas, para a modo de espejo desarrollar juegos imitativos de diferentes gestos (sacar la lengua, correr con los dedos las ojeras hacia abajo, doblar las orejas) Luego de estos reaseguros y medición de parecidos y diferencias, resguardados por la presencia de los terapeutas que modulan el potencial agresivo, podían compartir verbal y lúdicamente algunas de sus preocupaciones, dividirse en

subgrupos para luego volver a reunirse. Una vez que el grupo se constituyó, estos juegos perdieron el carácter reiterativo y solo reaparecía cuando surgían nuevas movilizaciones.

En el *grupo paralelo de padres*, la temática reiterativa de diferenciación con la que se procuraba hacer un compás para recomponerse, luego de intenso intercambio grupal -con fuertes y por momentos adhesivas identificaciones en álgidas problemáticas- emergía a través de conversaciones en torno al lugar de pertenencia que tuvieron en la infancia: la ciudad, el campo, el país de donde provenían. Aludían a un espacio y tiempo “allá” en la medida que se construía en el “aquí-ahora”; en una suerte de revisión y recomposición de la identidad para poder continuar con el intercambio grupal. En el mismo sentido se perfilan los roles que cada madre va ocupando en el grupo, ya desde el inicio, aparece la figura de “la peor madre” para paulatinamente encontrarnos con “la madre perfecta”, surge “la madre desastre”, “la buena y tranquila” en interjuego con “la madre grupo” que se va construyendo, conteniendo y tolerando al conjunto.

Destacamos la importancia de que el terapeuta se conecte emocionalmente con estos procesos de identificación, acercamiento y retracción para dejarlos fluir a modo de un necesario vaivén del trabajo grupal.

En este sentido, los grupos paralelos ofrecen una amplia diversidad de imágenes que permiten trascender la estructura individual y/o familiar cerrada en sí misma. Brinda un modelo exogámico donde cada integrante del grupo puede proveer nuevos aportes, y modelos vinculares que transforman las estructuras personales, estimulan la integración de nuevos puntos de vista y, -en la medida que se toleren las diferencias-, promueve la elaboración de identificaciones primitivas, que tallan la transmisión transgeneracional.

A nuestro entender, una de las fortalezas de las características exogámicas de este diseño terapéutico es el modo en que se cuida la relación asimétrica entre padres e hijos, al proveer dos espacios diferenciados (el grupo de padres y el grupo de hijo) y simultáneamente complementarios. De este modo, los estados regresivos y necesidades de dependencia infantil de los padres pueden ser estimulados, contenidos y trabajados sin interferir en la imagen de fortaleza que necesitan tener los hijos para poder crecer.

Asimismo, al compás de los procesos de identificación, el grupo -cual una composición musical- ofrece posibilidades específicas de expresión y de captación de la realidad interna que le son propias. Foulkes (1981) recurre a la palabra “resonancia” para explicar la comunicación y transacción en el grupo como un estado emocional que consideramos equivalente a la música en cuanto a su capacidad para mesmerizar, emocionar, excitar, apaciguar, es decir a su capacidad para transmitir emociones, estéticas, historias y culturas, señala el compositor y psicoanalista relacional Ghent (2002).

Es así que, al como señala Torras de Beà (1996), cuando el grupo funciona introspectivamente sus integrantes expresan con palabras o simbólicamente (juego,

dibujos) sus sentimientos y reacciones, de manera similar a como lo harían en un tratamiento individual. Pero cuando funciona en forma proyectiva los sentimientos, las relaciones de objeto, se externalizan, escenifican y actúan en el tejido de relaciones interpersonales, según la modalidad particular de relación objetal, en la que las rivalidades, celos, envidias, dependencias, seducción, sometimiento, tendencias sádicas, inhibiciones, etc. pueden ser observadas con tanta claridad y concreción que no deja lugar a dudas. Cada integrante tiene la posibilidad de conocer algo más de sí mismo y de los otros, a partir de las imágenes que, de diversas maneras, devuelven los compañeros y el terapeuta. Así, tienen la oportunidad de comprender cómo fue incorporando el mundo externo, qué partes conserva a modo de identificaciones adhesivas y la reorganización que se produce a partir del intercambio entre los integrantes del grupo, en esta nueva red vincular.

En otras palabras, el hecho de que todo suceda ante cada uno de los miembros y en presencia del terapeuta tiene un valor específico dada la fuerza que cobra el sentido de realidad que aporta el convalidar la propia percepción en combinación con la de los otros. En el compartir grupal, cada uno de los integrantes aporta elementos terapéuticos a los demás y cada uno recibe del conjunto. Cada participante hace su propio proceso, evoluciona y mejora según el interjuego de sus capacidades con las que desarrolla en el grupo.

Referencias Bibliográfica

- Atwood G. y storolow R. (1992) “*Structures e intersubjetivity: Exploration in Psychoanalytic phenomenology.*” Hillsdale NJ: The Analytic Press
- Bion, W. (1972).” *Experiencias en Grupos*”. Buenos Aires. Paidós.
- Bleichmar, H. (1997) “*Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*”. Barcelona. Paidós
- Bowlby, J. (1952) “*Los cuidados maternos y la salud mental*”. Buenos Aires. Humanita
- Fontana, A. (1971) “*Psicoanálisis y Cambio*” Buenos Aires Ediciones de la Flor
- Foulkes, S. (1986)” *Psicoterapia de Grupo-Análisis. Métodos y principios*”. Gedisa
- Fairbairn, W.R. (1966). “*Estudio Psicoanalítico de la Personalida* ” .Buenos Aires. Paidós
- Gampel, Y. (2006). “*Esos padres que viven a través de mí. La violencia de estado y sus secuelas*”. Buenos Aires. Paidós.
- Ghent, E. (2002) “*Relations: Introduction to the First*” IARPP conference [Online electronic periodical]. Retrieved from <http://iarpp.net/resources/enews/enews1.pdf>
- Grotstein, J. (1986) “*La identificación proyectiva y escisión*”. Buenos Aires. Gedisa
- kohut (1971) . “*El análisis del self*”. Ed. Amorrortu .Buenos Aires

- Moreno, J. L (1959). *Psicoterapia y Psicodrama. Introducción a la teoría y a la praxis*". Ed. Fondo de cultura económica. México
- Menzies, E.P.I. (1974). "A Personal Review of Group Experiences" Comunicación presentada en Centre for Applied Social Research, Tavistock Institute of Human Relations. Londres.
- Merea, C. (1994). *"La extensión del psicoanálisis"*. Buenos Aires. Paidós.
- Nemirovsky C. (2007). *"Winnicott y Kohut. Nuevas perspectivas en psicoanálisis"* Grama Ediciones. Buenos Aires
- Paz, R. (2010). *"Cuestiones disputadas en la teoría y la clínica psicoanalítica"*. Ed Biebel
- Pundik (1965). *"Moreno: pensamiento y obra del creador de la Psicoterapia de Grupo, el Psicodrama y la sociometría"*. Edición del autor. Ed Garamond.SCA. Buenos Aires.
- Taborda, A., Toranzo, E., Ross, T., Mergenthaler, E., & Fontao, M. (2011). "Gruppenprozesse in einer fokaltherapie mit müttern: eine pilotstudie über den psychodynamischen ansatz-zu. *Gruppen Psychotherapie und Gruppendynamik.* (47) 38-52.
- Toranzo E y Otros (2008) *"Un abordaje relacional en un ámbito institucional Grupos psicoterapéuticos de padres e hijos"* Revista Electrónica Topia.
- Torras De Beà, E. (1996) *"Grupos de hijos y de padres en psiquiatría infantil psicoanalítica"*. Buenos Aires. Paidós
- Zuretti M. (2010) *Matriz, grupo e inserción sociométrica Psicodrama en la universidad II* / Mónica Zuretti [et. al.]; compilado por Cristina Elisa Moreira; dirigido por Mónica Zuretti. - 1a ed. - Buenos Aires: Criseli, 2010. Internet. ISBN 978-987-25753-0-4